

No nos sorprenda tal anticipación ni el tono quejumbroso de otros poemas, en este Gaspar de Aguilar que se inscribió en la "Academia de los Nocturnos", fundada por Bernardo Catalán, con el poco riente pseudónimo de Sombra.

Elogiable pues, esta resurrección —sólo son accesibles las composiciones publicadas por Zarco del Valle y Sancho Royón en *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*— de un poeta, que si no roza las alturas de Lope o de Góngora, es una nota delicada y sencilla dentro de la lírica de su época.

Antonio Pagés Larraya.

ISMAEL MOYA, *Romancero, Estudios sobre materiales de la Colección de Folklore* (Instituto de Literatura Argentina, Buenos Aires, 1941).

Nuestro romancero popular ha sido una jurisdicción casi inexplorada. Ismael Moya acede a ella con un volumen que inaugura la nueva serie de publicaciones del Instituto de Literatura Argentina titulada "Estudios sobre materiales de la Colección de Folklore". Realizado con prolija seguridad en la utilización de las fuentes bibliográficas y luego de paciente tarea, señala una renovación feliz de criterios y de métodos.

Posee el Instituto de Literatura Argentina un rico tesoro documental sobre nuestro folklore. Ha sido formado con los materiales recogidos por maestros de todo el país bajo los auspicios del Consejo Nacional de Educación. La mayoría de las versiones utilizadas por Ismael Moya pertenecen a ese archivo, aunque también recurre a numerosas piezas tomadas directamente. Debió revisar y someter a crítica multitud de romances; mas no los entrega en un centón indiferenciado, sino que se ajusta a los sucesivos pasos de toda tarea científica. Obedece de esa manera a un plan metódicamente previsto por el Instituto, que comenzó a realizarse con la publicación del *Catá-*

logo de la *Colección de Folklore*, que prosiguió con el fichaje de los legajos y la realización de seminarios, y que culminará con la edición de los estudios que Ismael Moya inicia.

Conviene señalar el justo planteo y el rigor expositivo con que este trabajo se ha efectuado, pues con excesiva frecuencia, las disciplinas folklóricas estuvieron en nuestro país en manos de aficionados que se consagraron a ellas, a veces con hondo sentimiento de lo vernáculo, pero casi siempre sin la necesaria preparación científica. Se ha solido publicar así libros impresionantes por su tamaño, con prefacios tan vastos como poco seguros en la información y plagados de dislates de todo orden. De ahí que —según lo explica Ricardo Rojas en una nota prologal— no se haya querido ofrecer una mera exposición de materiales, sino “someter a métodos de clasificación y valoración una materia que hace treinta años yacía ignorada en el abandono general, y que ahora se ha tornado confusa por el prurito impaciente de muchos improvisadores” (pág. 6).

Para estimar puntualmente el libro de nuestro comentario, no será inútil un leve deslizamiento retrospectivo. En 1906 publicó Menéndez Pidal su ensayo sobre *Los romances tradicionales en América* (“Cultura española”, N^o 1, páginas 72-111). Penetraba así en una zona fragmentariamente recorrida por algunos investigadores americanos. Pero estamos acostumbrados a mirar con descuido lo que se hace en nuestra propia casa. La monografía de Menéndez Pidal obró por eso como una revelación y suscitó un ingente interés crítico. Muchos, sin embargo, se sorprendieron ante la ligereza y la escasa información con que había sido compuesto. Careció el autor de la base documental que sólo un estudio más prolijo podría haberle brindado. Así, debió limitarse a escoliar veintidós romances, y no por cierto los más expresivos, sino los que le brindaron sus ocasionales colaboradores. Si, en general, resultaba a todas luces insuficiente por la ausencia de indagación directa y la evidente premura con que había sido compuesto, se resentía aún más en lo que a nuestro país se refiere. Sólo pudo conocer Menéndez Pidal una versión fragmentaria de “Delgadina” que le proporcionó R. Lehmann Nietsche, y cuatro ro-

mances no muy característicos que recordaba de su infancia la Sra. Elena Holmberg de Ambrosetti. En cuanto a las fuentes bibliográficas, sólo alcanzó a leer las primeras cien páginas del *Cancionero popular* de Estanislao S. Zeballos, entonces próximo a editarse. Nos sorprende que no aluda, entre otras omisiones, al *Cancionero bonaerense* de Ventura R. Lynch, publicado en 1883.

Desde la aparición del ensayo de Menéndez Pidal hasta hoy, se ha trabajado sin pereza en América sobre poesía popular. Muchos filones distraídamente preteridos han salido a plena luz, y entre ellos, la fértil veta del romancero. Vale la pena mencionar algunos estudios. En 1912 el erudito investigador chileno Vicuña Cifuentes publicó sus *Romances populares y vulgares*; en 1915, Aurelio M. Espinosa editó el *Romancero nuevo mejicano*. Pedro Henríquez Ureña nos ha presentado el romance de Santo Domingo *Romances dominicanos*, 1915, y, en colaboración con B. D. Wolfe *Los romances tradicionales de Méjico (Homenaje a Menéndez Pidal, t. II)*. Recientemente Vicente T. Mendoza ha analizado *El romance español y el corrido mejicano* (1939). El romancero cubano tiene diligentes investigadores —Carolina Poncet, José María Chacón y Antonio Castro Leal—, y el de Puerto Rico cuenta estudios del ya citado Espinosa y de la Sra. María Cadilla de Martínez. Los brasileños también han penetrado en este aspecto de su literatura popular en libros tan informados como el *Cancionero* de Silvio Romero.

En pocos años, como puede apreciarse a través de esta breve y forzosamente incompleta reseña, el examen del romance americano ha alcanzado un notable desarrollo. La Argentina no permaneció ajena al cuadro de esas indagaciones. En 1906 Ricardo Rojas publicó en "La Nación" un artículo que se intitulaba *Romances tradicionales en América*, incluido después en el libro *Cosmópolis*. Planteábase allí justamente el problema de nuestro romancero. Luego, en *Los gauchescos* estudiaría con mayor amplitud el asunto, proponiendo cuestiones tan interesantes como el origen y forma de trasplante de nuestros romances populares o la desmembración del antiguo romance en coplas.

Citemas también el *Romancerillo del Río de la Plata* (1913) de Ciro Bayo, preciosa contribución al tema. Mas no obstante estas anticipaciones, cada vez se hacía más necesario un análisis metódico de nuestro romancero. Quizá no sea de lamentar la espera, si ella nos trae una obra tan rica de materiales y tan firmemente cimentada como la de Ismael Moya.

Examina el autor en los capítulos primeros los orígenes hispánicos del romance y su estructura poética, para poder precisar luego con mayor exactitud el carácter específico que esa especie asume en América y especialmente en nuestro país. Clasifica con precisión las formas argentinas del romance, y estudia el arraigo de los del ciclo carolingio, del ciclo bretón y de los fronterizos, estos últimos mucho menos fijados. Luego sigue la dispersión de las formas romanceadas, cuya riqueza de variantes puede inferirse por el ejemplo aducido de "Delgadina" (pág. 89).

Ya Menéndez Pidal, en la monografía comentada, advertía que los españoles salieron a colonizar América a fines del siglo XV y comienzos del XVI, época en que precisamente el romance había alcanzado mayor difusión entre todas las clases sociales de la península. Capitanes, soldados, mercaderes, traían, junto con la lengua, la tradición del romancero. Así, no sólo pasa a Francia, Italia y otros países de Europa, sino también al Nuevo Mundo, donde repetidas veces se muestra "mucho más arraigada y valiosa" (Menéndez Pidal, op. cit., Espasa-Calpe, 1939, pág. 16). Sigue Moya muy prolijamente este traslado del romancero a la América colonial. A las alusiones de romances contenidas en las crónicas de Bernal Díaz del Castillo, Fernández de Oviedo y otros cronistas, lo mismo que en algunos textos de González de Eslava —todas ellas aducidas por Menéndez Pidal— agrega numerosísimas citas, datos y aportes que prueban el amplio desarrollo del romance durante los siglos XVI y XVII. No sólo atiende a las líneas generales sino a detalles significativos, v.g., el paso de temas indígenas a romances de poetas peninsulares, o el rastreo de los ecos americanos de la polémica entre los tradicionalistas y los innovadores que preferían las formas de importación itálica.

Admitida por Menéndez Pidal la existencia de una continuidad dentro de las formas tradicionales, en la poesía americana, señalaba —amén del singularísimo traslado a tan lejanas latitudes— la existencia de “una etapa de tradición más arcaica y pura que la de la península” (pág. 49, op. cit.), y, lo que es más expresivo, el desarrollo de motivos nuevos. El libro de Ismael Moya se endereza a esa doble dirección. Fije las variantes producidas en los romances de origen hispánico, pero también analiza y subraya los de carácter vernáculo, no menos ricos que aquellos otros.

Provisto así de valiosas guías va de la perspectiva del continente al análisis de parejos fenómenos en la Argentina virreinal. El romance alcanzó en esa época tan insospechada dispersión, que, no obstante las prohibiciones oficiales, sus coplas pasaron a las lenguas indígenas, lo que explica la existencia de romances en idiomas guaraní y quechua.

Investiga también las formas que el género asume en los poetas gauchescos, quienes componen sus poesías sobre asuntos vernáculos pero con los recursos poéticos anteriores. Muy importante es el capítulo V, en que examina cuidadosamente la utilización de supersticiones y leyendas acerca de nuestros pájaros en el romancero; así como el VII, en el que rastrea, con numerosas aportaciones originales, la utilización lírica de temas de nuestra historia en el cancionero criollo.

Los mitos, el paisaje, la historia, se incorporan a nuestros romances, que adquieren así un perfil autóctono. Moya estudia esas creaciones de los poetas nativos, y analiza lo que hay de romance en nuestros grandes poemas gauchescos y la forma como el paisaje de la pampa se introduce en el romancero. Finalmente, indaga su dispersión y transformación en otras formas derivadas: canciones, cielitos, vidalas y coplas criollas. El último capítulo está consagrado a estudiar la utilización del romance en los juegos infantiles.

Con el examen de ocho romances tipo, inicia el análisis que será materia del segundo tomo de la obra. Se sigue cada uno de los romances argentinos a través de su filiación literaria y de sus variantes. Se precisa asimismo su zona de dispersión

geográfica; se documentan sus refundiciones, transformaciones y casos familiares, y se valora su contenido estético.

Hemos señalado sólo algunas direcciones del libro de Ismael Moya, para mostrar cómo procede con rigor, sin excluir ninguna de las facetas que puedan ser provechosas para la mejor comprensión de su tema. Es posible que puedan indicarse en él omisiones o errores de detalle, pero, en lo fundamental, ha de ser un aporte definitivo al estudio del romancero, sin duda la forma más rica y más antigua de nuestro folklore. El volumen que reseñamos no sólo está realizado con justo criterio y detenida investigación, sino que se realiza por su estilo animado, lleno de color y a veces de fuerza poemática, y por el auténtico fervor nacional que lo anima.

Antonio Pagés Larraya.

ENRIQUE AMORIM, "El Caballo y su Sombra". Club del Libro A. L. A. Buenos Aires, 1941.

Una vez más Amorim aparece como un vigoroso descriptor del auténtico campo rioplatense, desprovisto de *gauchos* de corte circense y *paisanitas* de tarjeta postal. La pampa criolla de *El Caballo y su Sombra* es la que se vive y se toca cuando el tren nos deja en esas uniformes y monótonas estaciones campesinas, poro casi obligado para el intercambio entre el progreso y civilización urbanos y la pródiga riqueza de la tierra dilatada, al par que atalaya propicia a los sueños de evasión de las chicas puebleras. En ese campo ya no hay payadas de contrapunto ni idilios románticos entre la chinita que muerde la punta de su delantal y el paisano *atropellador* recostado mate en mano en el palenque. Todas esas cosas, si alguna vez fueron, ya no son, y tan sólo caben en evocaciones puramente líricas y hasta un poco regocijadas. El campo de Amorim es más real y, por ende, más feo y más crudo.